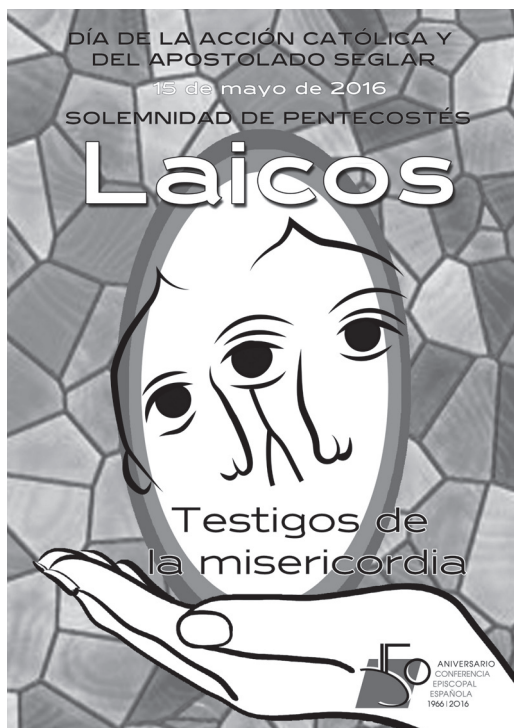


Laicos, testigos de la misericordia

Día de la Acción Católica
y del Apostolado Seglar 2016

Subsidio litúrgico



© Editorial EDICE
Añastro, 1
28033 Madrid
Tlf.: 91 343 97 92
edice@conferenciaepiscopal.es

Depósito legal: M-11996-2016

Subsidio litúrgico para el celebrante

Monición de entrada

Celebramos hoy la solemnidad de Pentecostés. Es el momento del cumplimiento de la Promesa del Padre, que irrumpe con fuerza en la comunidad y que supone para los discípulos el bautismo en el Espíritu. El mismo Espíritu es el que habitará y guiará los pasos de la Iglesia naciente, posibilitando el testimonio valiente de los discípulos y anunciando a todos el amor misericordioso de Dios.

Hoy, somos nosotros, los cristianos, lo herederos de esta promesa y el Espíritu Santo sigue llegando a nosotros capacitándonos para la tarea de la Evangelización. Infunde en nuestros corazones el deseo de Dios, el anhelo de una vida de santidad y el celo por dar a conocer la “alegría del Evangelio”.

El papa Francisco nos dice: “La primera verdad de la Iglesia es el amor de Cristo. De este amor, la Iglesia se hace sierva y mediadora ante los hombres. Por tanto, donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre” (MV, n. 12)

Con el impulso misionero que supone este acontecimiento del Espíritu, celebramos hoy el día de la Acción Católica y el Apostolado Seglar. Pidamos, juntos, que el mismo Espíritu Santo, que transformó el corazón de los Apóstoles, nos capacite para la vivencia y el testimonio de la misericordia, suscitando una nueva experiencia de Dios en nuestra vida y una mayor cercanía al hermano.

Acto penitencial

- “Estaban todos reunidos en el mismo lugar”, escucharemos en la primera lectura. Por la veces en las que no fomentamos la unidad y somos motivo de discordia y división. *Señor, ten piedad.*
- “El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo”. Por las veces en las que nos dejamos llevar por todas aquellas cosas, actitudes y sentimientos que ensombrecen la presencia del Espíritu Santo en nosotros. *Cristo, ten piedad.*
- “Si me amáis, guardaréis mis mandamientos”, nos dirá el Señor. Por todos aquellos momentos en los que los mandamientos que mandan en nuestra vida son aquellos que nos ponen a nosotros mismos en el centro de todo. *Señor, ten piedad.*

Monición para las lecturas

Las lecturas de este día de Pentecostés nos invitan a fijar la mirada en la centralidad del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia, tanto en sus orígenes como en el momento actual en el que vivimos. Él es la fuerza con nos impulsa sin miedo a la misión, la certeza de la presencia vivificante de Cristo en nosotros y el ardor del amor de Dios que cada día nos lleva a guardar su Palabra y a hacer morada en Él.

El Espíritu Santo nos ayuda a tener los mismos sentimientos de Cristo, haciendo de su Palabra nuestra norma de vida, una vida que se traducirá en armonía, paz y comunión, suscitando el deseo de amar a los hermanos con el mismo amor con que Dios nos ama a cada uno de nosotros.

Homilía

Hoy es el día de Pentecostés, la fiesta del Espíritu Santo. Es el tiempo de la Iglesia, en el que los cristianos pedimos los dones del Espíritu para que haga más fuerte y eficaz nuestro testimonio como creyentes, testimonio que surge de tener fija la mirada en la misericordia de Dios y que nos lleva a ser también nosotros misericordiosos como el Padre.

En una cultura donde parece desvanecerse la experiencia de perdón, donde incluso la misma palabra en algunos momentos parece evaporarse, donde priman el relativismo, el deseo de tener por encima de la persona, los cristianos estamos llamados a cultivar nuestra sociedad y nuestro mundo desde la Palabra de Dios, nutriéndola con el agua de Su misericordia. Sus frutos serán para todos “la fuerza que todo lo vence, que llena de amor el corazón y que consuela con el perdón” (MV, n. 9). Esta debe ser la hoja de ruta para todos lo que seguimos a Cristo, pues “donde quiera que hay cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia” (MV, n. 12).

San Pablo, en la segunda lectura, nos hace ser conscientes de la presencia del Espíritu en nosotros. Esta presencia nos ayuda a tomar conciencia de nuestra identidad de Hijos de Dios, nos hace, en determinados momentos de nuestra vida, volver la mirada, descubrir lo que nos hemos alejado de Él y desear buscar nuevamente el calor de su cercanía. Superando todos los miedos, dudas e inseguridades, incluso aquellas que nos llevan a permanecer ocultos, como vemos en el libro de Hechos de los Apóstoles que les ocurrió a los discípulos. En nuestro caso, quizá, ocultos para no ser señalados, para vivir en la comodidad del anonimato o para ser políticamente correcto en la sociedad del relativismo de las ideas. Para esto viene el Espíritu Santo a nuestra vida, para hacernos Apóstoles, hombres y mujeres

libres, con el corazón palpitante por el Evangelio, con gestos y palabras con las que consigamos transmitir misericordia y penetremos así en el corazón de las personas, motivándolas a reencontrar el camino de vuelta al Padre. Hombres y mujeres con un programa de vida tan comprometedor como rico en alegría y paz, y dispuestos a “abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales” (MV, n. 15).

Este programa de vida, que se llama Evangelio, requiere una actitud fundamental: fe. Confianza en Aquel que todo lo puede si somos dóciles a sus inspiraciones. Una fe fundada en el Amor de Cristo, un amor que llega a nosotros desde la cruz pero que se sigue viviendo en las cruces de muchas personas en la actualidad. Y un amor que nos hace plenamente conscientes, como hemos escuchado en el Evangelio, de que no estamos solos, de que si amamos a Jesús con la misma intensidad con que Él nos ha amado, siempre permanecerá haciendo morada en nosotros.

Hoy, día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, tomemos conciencia de la misión para la que hemos sido convocados. El anuncio del Evangelio no es tarea para unos pocos escogidos, sino que todos debemos asumir esta responsabilidad en la Iglesia, pero sobre todo en el mundo, convirtiéndonos en “evangelizadores con Espíritu”, como nos dice el papa Francisco en *Evangelii gaudium* (n. 262), es decir, evangelizadores que sustentan su trabajo en la oración confiada y en la acción del Espíritu Santo, porque Él “viene en ayuda de nuestra debilidad” (*Rom 8, 26*).

Peticiones

Queremos ser “evangelizadores con Espíritu”, dispuestos a interceder antes el Padre por las necesidades de nuestro mundo. Por ello, en este día no dejamos de pedir que el Espíritu Santo venga

y renueve la faz de la tierra. A cada invocación responderemos: *Envía, Señor, tu Espíritu Santo.*

- “La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador” (MV, n. 11). Por todos los cristianos para qué, con nuestro testimonio, seamos cauce por los que otros lleguen a conocer el verdadero rostro de Dios. *Oremos.*
- “La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio del «siempre se ha hecho así»” (EG, n. 33). Por el papa Francisco, los obispos, sacerdotes y todo el Pueblo de Dios, para que sepamos estar atentos a aquellas inspiraciones del Espíritu que nos lleven a recorrer nuevos caminos en el seguimiento de Cristo. *Oremos.*
- “La parroquia es la misma Iglesia que vive entre las casa de sus hijos y de sus hijas” (EG, n. 28). Para que, como nos dice el papa Francisco, nuestras parroquias sean cada vez más y para todos, ámbito de escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. *Oremos.*
- “Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que oran y trabajan” (EG, n. 262). Por los movimientos y asociaciones de apostolado seglar, en especial por la Acción Católica, para que vivamos nuestra vocación de laicos con la mirada fija siempre en el Señor, cultivando “momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra y de diálogo sincero con el Señor”, que nos configure con Él y que nos haga testigos creíbles de la misericordia del Padre. *Oremos.*
- “Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres,

de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad” (EG, n. 187). Por todos aquellos que sufren, que se sienten solos o excluidos, para que su clamor sea escuchado, no como el de alguien ajeno a nosotros sino como hermanos, en quienes descubrimos el rostro de Cristo. *Oremos.*

